

## Prólogo

Aquel año las sirenas no se atrevieron a acercarse hasta la costa porque la muerte había ganado la guerra a los sueños, y Tánatos había impuesto su tiranía sobre Hipnos. Así solía comenzar el relato de algunas de sus historias Braulio, el viejo farero de Capdepera que durante muchos años contó las leyendas de aquella tierra y del mar que la rodeaba a todos los muchachos que en las noches de tempestad se atrevían a acercarse hasta el antiguo faro. Eran noches en las que él no podía dormir porque su trabajo consistía en ayudar a que los barcos pudieran orientarse y no acabaran encallando entre las rocas, pero Braulio sabía que la mar era una diosa caprichosa, mucho más lista que todos los navegantes, y nada se podía hacer cuando elegía un barco como tributo por la excesiva ambición de los hombres que no la respetaban.

Su forma de comenzar el relato ya indicaba que la historia que iba a contar no era apta para los pusilánimes, y sabía ayudarse como nadie de los efectos que tenía a su alcance, como la oscuridad, el estruendo del viento y de las olas embistiendo a las rocas, y los espejismos que la luz del faro creaba en la mente de los que ya nos sentíamos débiles al escuchar unas leyendas que llevaban mucho más lejos de la tierra y del mar; y que, sin embargo, estaban demasiado cerca para sentirnos a salvo. La historia que van a leer es bastante más larga que las que él contaba, aunque a diferencia de aquel viejo farero llegado de otro mundo, yo confío en que las sirenas vuelvan a llegar hasta la costa de los que todavía sueñan con ellas.



## I

Después de tres semanas de intenso trabajo y no pocos disgustos, todo estaba preparado para emprender el viaje de regreso, el que nunca había pensado realizar cuando dejó la isla. Por el camino habían quedado diecinueve años en los que la ilusión inicial había dado paso a la resignación antes de que apareciera un dolor que Helena no sabía si aún estaba superado. Al menos en ese trance no se encontraba sola. Sus hijos, Carolina y Luca, fueron determinantes para que surgiera el coraje cuando se sentía derrotada. Una nueva oportunidad aparecía en su vida y estaba decidida a aprovecharla porque pensaba que era la última, a pesar de que todavía fuera joven.

Los empleados de una agencia de transportes habían recogido las cajas en las que embalaron todo aquello que se llevaban hasta Mallorca. Los muebles, prendas y objetos que no les resultaban imprescindibles los donó a una institución benéfica porque no podía asumir el coste de enviarlos hasta Capdepera. Para Carolina y Luca el proceso de selección fue más duro que para su madre porque Helena llevaba algún tiempo pensando en la posibilidad de hacer ese viaje y tenía muy claras sus prioridades, mientras para ellos se trataba de algo nuevo porque habían pasado toda su vida en Madrid y su única vinculación con la isla consistía en breves periodos de vacaciones en los que no habían creado vínculos porque estaban casi todo el tiempo en la playa.

Cuando planteó el tema durante una cena, ninguno de los chicos lo aceptó con agrado porque no querían establecerse en la tierra de su familia materna al considerar que iban

a perder mucho más de lo que alcanzarían, pero la situación de Helena tras el extenuante proceso de divorcio, y el hecho de que la crisis obligara a cerrar la cafetería donde trabajaba, les hizo comprender que su madre necesitaba hacer ese cambio para no volverse loca, mientras a ellos les quedaban muchos viajes por realizar a los lugares que desearan.

Se iban a establecer en la vieja casa familiar, en la que vivía la abuela Isabel. Ella llevaba un año sola después de que se quedara viuda, y estaba ilusionada con el reencuentro porque le otorgaba un nuevo sentido a su vida, a pesar de que hubiera sufrido con el proceso de divorcio de su hija porque su religión no lo admitía, y ella pensaba que la obligación de toda mujer era permanecer junto a su esposo para que los hijos no padecieran las consecuencias de la separación.

Helena iba a volver a trabajar en el hotel Salines, que estaba muy cerca de la playa de Son Moll en Cala Rajada, y que fue el primer hotel donde trabajó cuando era poco más que una adolescente. Cuando vio en un anuncio de una web de empleo que estaba vacante una plaza de recepcionista, envió el currículum que le ayudó a redactar su hija, aunque no confiaba en que contestaran, pero a los pocos días recibió una primera llamada. Después hubo dos más y una cita con el subdirector de personal en un hotel de Madrid que pertenecía al mismo grupo empresarial. El sí definitivo llegó veinticinco días antes de que tuviera que ocupar la plaza, por lo que tuvieron que darse mucha prisa en dejarlo todo organizado antes de emprender el viaje.

Su correcto dominio del inglés y del alemán le había servido para que se quedara con el puesto de trabajo por un periodo garantizado de un año. A ella siempre le habían gustado los idiomas. En Mallorca resultaban necesarios por la gran afluencia de turistas, y desde muy niña los había practicado a diario y sin sentirlo como una obligación. Helena creía

que era lo único que no había perdido durante su matrimonio, aunque los había practicado menos de lo que deseaba porque a su marido no le gustaba que empleara su tiempo libre en formarse.

Sentada en una silla del salón que un día decoró con cariño, y en el que quedaban en las paredes los cercos de los cuadros que había descolgado, veía cómo sus hijos deambulaban por la casa en un último intento de encontrar aquello que mereciera la pena incluir en el equipaje. Los chicos parecían perdidos ante ese destino incierto que alteraba sus planes, mientras Helena confiaba en que el nuevo trabajo y el regreso a su tierra la ayudaran a recobrar la autoestima que había perdido tras el extenuante proceso de deterioro a que la sometió su marido y que estuvo a punto de provocar la quiebra.

Capdepera creció a los pies del castillo que el rey Jaume II construyó en lo alto de un cerro para repoblar la parte más oriental de la isla, y como defensa contra los barcos de las flotas rivales y de los corsarios que periódicamente asaltaban la zona. El pueblo se encuentra a tres kilómetros del mar, y puede que eso le permitiera mantener su esencia de pueblo mediterráneo sin dejarse avasallar por las grandes construcciones turísticas que tanto daño hicieron al litoral.

Cala Rajada, en su origen el puerto de Capdepera, era otra historia. Durante muchos años había sido el lugar desde donde salían a faenar los pescadores porque era el mejor fondeadero para sus llauts (las típicas barcas de la zona). A principios del siglo XX, ese enclave privilegiado fue el escenario elegido por algunas de las familias más ricas de la isla para construir residencias de lujo, como Es Carregador o el Palacio de la familia March. Con el apogeo turístico de los años sesenta y la conquista de la isla por los veraneantes y jubilados alemanes, se convirtió en un importante núcleo tu-

rístico que con el paso del tiempo ha llegado a ser más conocido que la localidad de la que depende administrativamente. En la actualidad no se puede decir que Capdepera y Cala Rajada estén separadas porque la antigua carretera se ha convertido en una larga avenida.

El curso escolar acababa de terminar y los chicos habían aprobado con buenas notas. De hecho, Carolina en otoño comenzaría a ir a la universidad, aunque todavía no sabía si dispondría de plaza para matricularse en la Escuela de Arte Dramático, y lo quería intentar tanto en Madrid como en Palma. A Luca aún le quedaba un año más en el instituto, y no tenía nada claro lo que quería estudiar cuando aprobara la selectividad. Por entonces solo parecía interesado en los videojuegos porque se pasaba varias horas al día enganchado a la pantalla, ya fuera en la tele, en el ordenador o en la consola portátil que le había regalado su padre en el último intento que hizo de ganarse su afecto.

El proceso de divorcio también había sido muy duro para los chicos por el chantaje que les hizo su padre para llevarlos a su terreno con el fin de que la sentencia no le fuera desfavorable y no tuviera que pasarle dinero a Helena. A pesar de su juventud, y de que Carolina hubiera tenido cierta fijación con su padre, ambos contaban con un criterio bien formado después de todo lo que habían visto y soportado, y tenían muy claro que querían permanecer cerca de su madre porque ella era la que siempre había estado a su lado y no actuaba de una manera caprichosa. Una vez que el juez dictó sentencia, Carlos ni siquiera se esforzaba por reunirse con sus hijos porque había iniciado una nueva relación con una mujer muy joven a la que había dejado embarazada.

A través de la ventanilla del avión, Luca observaba cómo se alejaban los edificios de Madrid cuando comenzaba a atardecer. En realidad él no tenía motivos para sentir nostalgia por lo que dejaba porque era un chico que apenas si tenía

amigos. Se relacionaba con algunos compañeros de clase, pero pocas veces salía con ellos porque el barrio donde vivía no era seguro para los adolescentes y su madre tenía miedo de que le pudiera pasar algo malo o de que conociera a gente que lo acercara a la delincuencia o a las drogas. Luca no se había esforzado en reclamar más derechos porque carecía de lugares a los que ir y se pasaba muchas horas encerrado en su habitación. Él tenía sobrados motivos para que ese cambio de aires le alegrara, pero era un chico tímido al que le costaba mucho comunicarse, y pensaba que le sería difícil hacer amigos en la isla antes de que empezara el curso.

Carolina tenía algunos contactos en Mallorca, aunque el viaje había precipitado la ruptura con el muchacho que estaba saliendo. Llevaba algún tiempo pensando en dejarlo porque era demasiado posesivo y ella no quería atarse siendo tan joven a alguien que se parecía demasiado a su padre, por lo que el cambio de casa le había resuelto un problema que se hubiera agravado con el paso del tiempo, aunque su reticencia al viaje se basaba en que hubiera tenido más oportunidades de cara a su futuro laboral viviendo en Madrid.

Para Helena se trataba de un viaje donde la ilusión por volver a trabajar en su tierra se mezclaba con el miedo a encontrar un lugar muy diferente del que había dejado y del que ya no formaba parte. No tenía nada que ver con la jovencita extrovertida a la que tentaba el riesgo en un ambiente donde casi todo estaba permitido para los que deseaban disfrutar de nuevas experiencias. Se había convertido en una mujer que pronto iba a cumplir cuarenta años y que tenía dos hijos en una edad muy delicada y que no contaban con un modelo paterno en el que apoyarse para desarrollar su personalidad.

Helena no podía evitar la impresión de que había dejado su vida durante muchos años en las manos de un irresponsable que nunca la había respetado, y que se había dedicado a

minar su autoestima para que se sintiera muy débil, mientras él aprovechaba cualquier oportunidad que se le presentaba para demostrar su hombría. Ella se había empeñado en ser una buena madre, pero tenía muchas dudas de que lo hubiera conseguido, y temía que se pudiera dar con sus hijos una ruptura tan dura como la que ella tuvo con sus padres cuando se fue a Madrid para vivir con Carlos. El tiempo había curado la mayoría de las heridas, pero no sabía si estaba preparada para enfrentarse a una situación parecida ocupando el papel de madre al mismo tiempo que volvía a ser la hija en una casa que no era suya.

Isabel, la madre de Helena, había hecho algunos arreglos en la vivienda para que volviera a ser un lugar que estuviera lleno de vida, como siempre deseó que fuera desde que la ocupó tras casarse con Lorenzo. La vivienda pertenecía a la familia de su esposo, aunque había estado más de diez años desocupada tras la muerte de su madre y la trágica desaparición de su padre. Todo ello había acaecido en el transcurso de pocos días, y cuando Lorenzo acababa de cumplir siete años, un suceso que lo dejó marcado de por vida.

Isabel había trabajado durante muchos años en la cocina de un restaurante, mientras su marido era el responsable de mantenimiento de la oficina portuaria, aparte de tener una pequeña barca con la que salía a pescar junto a las rocas o a enseñar la costa a los turistas que no se conformaban con ver lo que se ofrecía en los viajes organizados.

Tras quedarse viuda con sesenta años, Isabel temía pasar los últimos años de su vida sola en una casa demasiado grande, o tener que marcharse a un asilo si se quedaba imposibilitada, porque bajo ningún concepto se hubiera trasladado a Madrid con su hija y sus nietos. Ella amaba su isla y necesitaba estar cerca del mar. Sabía que tierra adentro se sentiría desubicada. Solo una vez había ido a Madrid, y le daba mie-



do salir a la calle porque se sentía perdida al carecer de unas referencias concretas que le marcaran los límites.

A pesar de la ilusión por el reencuentro, sabía que volvería a discutir con su hija, como siempre habían hecho porque tenían una forma muy diferente de enfrentarse a la vida, aunque el tiempo había quitado dramatismo a esas disputas, hasta el punto de hallar algunos puntos de encuentro porque las experiencias vividas las habían vuelto más flexibles ante aquellos temas que fueron motivo de conflicto. En cualquier caso, Isabel sabía que era preferible la controversia a la soledad, porque no había nada peor que estar en bronca consigo misma y sin tener a nadie cerca que pudiera mediar.

Después de recoger las maletas en el aeropuerto, vieron a un hombre que levantaba un pequeño cartel escrito con el nombre de Helena Dalerio. Era el conductor del minibús del hotel que se encargaba del traslado de los turistas que no alquilaban coches. A Helena le pareció que era un bonito detalle por parte del director, lo que demostraba que se interesaba por su personal y que era bien recibida en su nuevo trabajo. En el vehículo también viajaron cuatro turistas alemanes a los que tuvieron que esperar porque su vuelo llegaba unos minutos después. A Helena le vino bien para practicar el alemán porque hacía tiempo que no lo hablaba, aunque en las últimas semanas le había dedicado muchas horas de estudio para ponerse al día. Carolina y Luca la miraban sorprendidos porque no recordaban haberla escuchado hablando en alemán, aunque alguna vez los había ayudado con el inglés en los ejercicios de clase.

Una vez que los turistas se bajaron en el hotel, el conductor los llevó hacia las empinadas calles de Capdepera, aunque los tuvo que dejar en la esquina de la iglesia con el carrer del Vents porque el vehículo no podía entrar por una calle tan estrecha.

Isabel los estaba esperando y se había ocupado de que sus habitaciones estuvieran en perfectas condiciones. En la fachada de la casa se notaba el paso de los años, sobre todo en las contraventanas de madera que protegían del viento y de la lluvia y que llevaban mucho tiempo sin recibir una mano de la pintura verde que parecía uniformar a buena parte de las viviendas de la localidad.

Helena volvió a ocupar la misma habitación en la que se había criado y en la que apenas si se habían hecho cambios desde que se marchó. Incluso el viejo oso de peluche con el que había jugado en su infancia seguía en lo alto del armario. Los cuartos de Carolina y de Luca solo se habían utilizado cuando recibían una visita o durante las vacaciones de verano, por lo que estaban amueblados con una cama, un pequeño armario, una mesa, una silla y la mesita de noche con su lámpara. A los chicos no les gustaban esas habitaciones porque eran peores que las que tenían en el piso de Madrid. Su abuela les dijo que hicieran los cambios que consideraran convenientes para estar cómodos, aunque ella no podía ofrecerles nada mejor porque la pensión que cobraba no daba para más.

Durante la cena, después de manifestar la alegría inicial por el reencuentro, los cuatro se sentían extraños porque comenzaba algo nuevo para todos y no tenían mucho que compartir, a pesar de que la abuela les hiciera un amplio resumen de todo lo que había ocurrido en el pueblo durante los últimos meses y les hablara de las muchas cosas que podrían hacer en su nueva vida, que ella entendía como una vuelta a la normalidad que nunca se debió perder si todo se hubiera hecho como Dios manda.

Helena tenía que acudir al hotel para firmar el contrato laboral y para conocer las condiciones de trabajo, aunque antes llevó el viejo coche de su padre al taller para que lo pusieran

a punto. El mecánico le garantizó que aguantaría un par de años sin darle problemas porque su padre lo había usado poco y lo tenía bien cuidado, incluso le comentó que hizo la última revisión una semana antes de que le diera el ataque al corazón. Aquel día estuvieron hablando de cómo se planteaba la jubilación que nunca llegaría a disfrutar porque el destino no quiso ser generoso con él.

Carolina había quedado con una amiga a través de la red social de la que formaba parte. Presumía de tener muy buenos contactos en su cuenta, y todos los días le dedicaba bastante tiempo para incluir fotos o comentarios, aparte de escribir algunos correos a sus colegas, a los que en buena parte no conocía personalmente porque habían llegado por otras vías. A Mónica la había conocido durante las últimas vacaciones y desde entonces no habían perdido el contacto. Carolina confiaba en que su amiga la ayudara a integrarse en la isla porque estaba muy bien relacionada y tenía unas inquietudes artísticas similares a las suyas.

Mientras todos tenían planes concretos, Luca no tenía nada que hacer y se quedó jugando con la videoconsola que conectó al televisor del salón.

Mediada la mañana, su abuela le dijo que tenía que limpiar el comedor y que no era bueno quedarse todo el tiempo encerrado en la casa cuando el mar estaba muy cerca y hacía un día muy hermoso. En el corral había un par de bicicletas que ya había usado en otras ocasiones para moverse por los alrededores, y era un buen momento para dar un paseo por la zona.

El viaje desde Capdepera a Cala Rajada es muy cómodo porque siempre es cuesta abajo. La subida al pueblo de regreso supone un notable esfuerzo para los que no están acostumbrados a la bicicleta, aunque tampoco hay pendientes muy pronunciadas a no ser que se suba hasta el castillo.

Luca se dirigió en primer lugar hacia Cala Agulla, el sitio donde más le gustaba bañarse porque la playa era muy grande y estaba rodeada de pinos retorcidos por el viento que crecían entre las dunas. Había bastante gente bañándose y mucha más tomando el sol entre las sombrillas y hamacas. Luego vio a algunos chicos jugando al vóley playa. Desde la distancia los observó durante un rato, sobre todo a una joven que le pareció muy guapa. No recordaba haber visto a ninguna tan bella. Él había jugado a vóley en el instituto, aunque no se atrevió a pedirles que le dejaran jugar.

Decidió seguir por el paseo que bordea la costa en dirección a Cala Lliteras, que está ubicada muy cerca del faro y en plena zona rocosa. En una pequeña cartera llevaba la consola portátil para jugar en el caso de que no encontrara algo interesante que hacer.

Después siguió hasta el puerto, donde vio cómo llegaban un par de barcos dispuestos a descargar la pesca para llevarla a la lonja, aunque en el puerto había bastantes más embarcaciones de recreo que pesqueras.

Tampoco encontró aliciente en lo que veía. Se sentó bajo un árbol en una placita que estaba cerca del paseo marítimo, abrió la cartera que colgaba del hombro y sacó la máquina para matar el tiempo que faltaba hasta que llegara la hora de comer.

Durante un par de días Luca siguió un ritual parecido, aunque también tuvo tiempo para darse algún que otro baño en la playa, siempre en solitario. Mientras su madre y su hermana estaban buscando su sitio y sabían cómo emplear el tiempo en lo que deseaban, él se encontraba perdido, aunque no quería permanecer encerrado en la casa para que su madre no se preocupara por sus problemas de adaptación. Estaba casi todo el tiempo yendo de un lugar a otro mientras veía cómo los demás jóvenes parecían felices, pero él no lo era

porque su timidez le paralizaba hasta el punto de sentirse inferior al resto.

Aquella mañana había terminado su recorrido en la escollera que había junto a la entrada del puerto, después de pasar por la caleta de sa Pedruscada y la playa Son Moll. Un poco más adelante, frente al lugar donde amarraban los barcos pesqueros, vio un largo banco de piedra situado a la sombra de un árbol. Dejó la bicicleta apoyada en el tronco y sacó su consola portátil para entretenerse jugando hasta que llegara la hora de regresar al pueblo.

Debía llevar cerca de una hora sin levantar la cabeza de la pantalla, porque estaba a punto de batir su record, cuando escuchó una voz.

—¡Eh chico!

Al girarse vio a un anciano que estaba sentando en el otro extremo del banco. Tenía sus manos apoyadas en una garrota y llevaba la cabeza cubierta con una vieja gorra de marinero.

—Llevo un buen rato observándote y me gustaría saber qué es lo que haces con ese chisme que te tiene tan cegado.

—Estoy jugando.

—¿A qué? —preguntó extrañado.

—Con un videojuego.

—Supongo que eso será muy divertido, aunque yo sólo te veo mover los dedos, y ni una sola vez te he visto reír.

—Claro que lo es. Hay muchos juegos, y con algunos se pueden vivir grandes aventuras.

—Así que se disfruta de apasionantes gestas con ese juguete tan extraño. Supongo que ya estoy muy viejo para entender a los jóvenes, pero no soy capaz de concebir ni una pequeña aventura mirando una diminuta pantalla y pulsando botoncitos.

—Es la mente la que está en otro lugar porque el juego te permite viajar por todo el mundo y por el espacio, incluso hasta el pasado, el futuro o al interior del propio cuerpo.

—Así que en eso consisten esos juegos tan apasionantes, en darle a los botones de un chisme de plástico y pensar que se viaja tan lejos como aguanten las pilas de la maquinilla. No me extraña que tengas esa cara de aburrido a pesar de lo mucho que te diviertes con los dedos.

—Usted no es capaz de entenderlo —respondió molesto por la intromisión de ese anciano que le había hecho perder el control de una de sus mejores partidas.

—Sí, supongo que es eso. Yo soy un viejo carcamal que no ha tenido la inmensa fortuna de conocer esos aparatitos tan aventureros. Cuando yo tenía tu edad no sabíamos jugar, por eso los chicos nos íbamos hasta el faro cuando el viento soplabla con fuerza para luchar con nuestras espadas de madera contra los corsarios que invadían la isla. Durante horas corríamos entre las rocas y trepábamos a los pinos, luego bajábamos hasta las cuevas a buscar tesoros enterrados en la arena antes de que subiera la marea, o buscábamos monstruos marinos que hubieran quedado atrapados entre las redes.

El viejo hizo una breve parada para recrearse ante el gesto sorprendido del muchacho.

—Es una pena que entonces no se hubieran fabricado esos cachivaches porque no hubiéramos perdido el tiempo construyendo barcos piratas, ni colocando miradores en lo alto de los árboles para otear el horizonte. Tampoco nos hubiéramos mojado al abordar las balsas que construíamos en la playa en los días en que el viento y la lluvia anunciaban la llegada de auténticos demonios, aunque también cabía la posibilidad de encontrar a hermosas sirenas, y vive dios que en esa cajita de plástico no las pintarán tan bellas como las que vimos por entonces. Ahora jugar es mucho más fácil, basta con estar encerrado en casa y darle a los botoncitos. Quién fuera joven para disfrutar tanto como tú y sin tener que cansarse corriendo, saltando o trepando, ni tener que

enfrentarse al peligro de sufrir terribles represalias por perseguir lo prohibido.

Luca estaba molesto porque parecía que el viejo se estaba burlando de él, pero no quería ser irrespetuoso con un señor tan mayor, aparte de que empezaba a sentir curiosidad por lo que le contaba con un tono de voz ronco causado por muchos años de erosión.

—Supongo que eres turista y que has venido a pasar unos días con tus padres.

—No, mi madre es de aquí y está divorciada. Hemos venido para quedarnos en la casa que tiene mi abuela arriba en el pueblo.

—¿Cómo te llamas?

—Luca García Dalerio.

Luca se dio cuenta de que la expresión del viejo cambió bruscamente hasta no quedar el menor rastro de sonrisa en su cara, al tiempo que sus arrugas parecían más marcadas. El hombre se levantó y se acercó apoyándose en la garrota. Después lo miró fijamente a los ojos como si estuviera descifrando lo que había dentro de su mente. El muchacho no podía ocultar su inquietud ante una actitud tan extraña.

—¿Cómo se llama tu madre?

—Helena.

—¿Y tu abuelo?

—Lorenzo, pero ya murió.

—¿Tienes más hermanos?

—Una hermana que se llama Carolina.

Carmelo se quedó en silencio, volvió a sentarse y tomó aire. Sus ojos le brillaban como si estuviera emocionado.

—¡No me lo puedo creer! Así que tú eres el único bisnieto varón de Marco Dalerio.

—Creo que sí, aunque no sé nada sobre él.

—No me extraña, pero el olvido es muy triste. Lo sabes todo de juegucitos de plástico, pero no sabes que tu bis-

abuelo materno fue el mítico Marco el Matavientos, un descendiente directo del temible corsario Dante di Aleria, que se estableció en esta tierra después de saquear barcos y puertos por todo el Mediterráneo —el tono sarcástico del viejo había desaparecido, y la nostalgia lo había atrapado hasta el punto de que parecía ensimismado.

Luca lo miraba sorprendido. Ese anciano débil, que vestía con ropa desgastada por muchos años de uso y que se movía torpemente, sabía crear expectación con sus palabras, y estaba deseando escuchar la historia de sus antepasados.

—En fin, me parece que ha llegado la hora de marcharme a comer porque a mi edad cualquier comida puede ser la última, y no quiero que la muerte me pille con hambre, aunque tampoco puedo darme los atracones de antaño porque el médico no me deja. Hay demasiadas cosas que ya no me dejan hacer. Eso es la vejez.

—¿No me va a contar nada más de mi bisabuelo?

—Son historias de viejos que no le interesarían a un muchacho moderno. Seguro que te lo pasas mejor jugando con la maquinita que conociendo la leyenda del hombre que viajó hasta el otro lado de la vida, persiguiendo el amor de una mujer única, para enfrentarse a las pesadillas y derrotar a la muerte.

—Quiero conocerla —dijo Luca en un tono exigente.

—¡Vaya, qué cambio! Pero hoy se ha hecho tarde. Puede que otro día te cuente algo más porque es una historia larga, y tan fascinante como dura y compleja. Hay que estar preparado para escucharla porque son muy pocos los que pueden comprenderla, y ya no me queda mucho tiempo para malgastar palabras. Otros muchos la han escuchado a lo largo de bastantes años. Unos me han tomado por loco, mientras otros han salido huyendo, y no es extraño porque tan solo puede haber un elegido que continúe la leyenda del más grande conquistador de sueños que haya conocido esta tierra.



—Dígame al menos cuál es su nombre y cómo puedo encontrarlo.

—Mi nombre es Carmelo, aunque muchos me conocen por *El espectro del faro*. Hay quien cree que me ofendo por ese mote, pero me lo puso tu bisabuelo cuando hice mi único viaje en la barca de los sueños, aunque otros decían que era el navío de las tinieblas o del infierno, y todos tenían razón porque nada de lo que he visto después se le puede comparar. Desde luego que no, ni siquiera la llegada del hombre a la luna.

El viejo echó a andar renqueante apoyándose en su garrota mientras Luca lo miraba fascinado y sin saber cómo reaccionar. Durante el camino de regreso no se acordaba de los videojuegos, ni siquiera sentía el peso de las piernas al pedalear mientras subía la cuesta. Su mente estaba en otro sitio, y las palabras que le había dicho el viejo Carmelo adquirirían una envergadura que nunca podría alcanzar el más sorprendente e innovador de los videojuegos.

Los cuatro comieron la excelente paella que había preparado la abuela, que últimamente apenas si cocinaba porque ella con cualquier cosa se arreglaba, como solía decir.

Helena habló de la buena impresión que le había causado el hotel y de lo simpáticos que parecían los nuevos compañeros. Una antigua amiga del instituto era la responsable de la lavandería y le había dado información muy útil. Estaba convencida de que había elegido bien y de que le sería posible progresar en su trabajo si aprovechaba el tiempo para seguir aprendiendo. Incluso pensaba matricularse para terminar el bachiller superior.

Carolina habló de los nuevos amigos y amigas que había conocido a través de Mónica. Incluso ya la habían invitado a una fiesta de cumpleaños que se celebraría en una discoteca de moda. Apenas si echaba de menos a sus amigas de Ma-

dríd porque se sentía arropada por la gente que la estaba ayudando a integrarse en un ambiente mucho más abierto, sano y divertido que el que conocía.

Mientras el resto hablaba, Luca no dejaba de pensar en lo que le había contado Carmelo. Tal vez ese hombre hubiera exagerado para provocar su interés, y se tratara de un simple cuento con el que ese charlatán pretendía burlarse de su manera de jugar, pero su bisabuelo Marco, en el que nunca había pensado, comenzaba a adquirir una notable entidad y necesitaba tener más información sobre cómo había sido su vida.

—¿Cómo era el bisabuelo Marco? —le preguntó a su abuela ante la mirada sorprendida de Helena.

—No lo llegué a conocer. Él murió cuando tu abuelo era mucho más joven que tú, y a Lorenzo nunca le gustó hablar de su padre.

—¿Fue él quien construyó esta casa?

—La casa era anterior, aunque él le hizo bastantes arreglos. Después estuvo cerrada durante quince años, hasta que tu abuelo y yo nos casamos y nos instalamos en ella. Tuvimos que hacerle reformas porque algunas habitaciones estaban muy viejas y hubo que meter las tuberías de agua corriente, pero toda la parte del corral y el desván se conservan como entonces porque solo hay trastos viejos. Mi pobre Lorenzo dijo muchas veces que iba a tirar todo lo antiguo para dejar la vivienda en condiciones, pero al principio no teníamos dinero. Luego hubo otros motivos que se convirtieron en prioritarios, y lo fuimos dejando porque la casa era más grande de lo que necesitábamos. Incluso hicimos planes de dividirla en dos para cuando vuestra madre se casara, pero ella se marchó demasiado pronto y perdimos la esperanza de que un día pudiéramos vivir todos juntos bajo un mismo techo.

—¿Es verdad que Marco Dalerio fue un gran aventurero?

—No entiendo por qué te ha entrado ese repentino interés por la vida del padre de tu abuelo —dijo Helena.

—¿Te ha hablado alguien de él? —preguntó Isabel mientras lo miraba con un gesto serio.

—Estaba en el puerto cuando un hombre muy viejo me ha llamado, y después de preguntarme por lo que hacía con la videoconsola, quiso saber si era un turista. Cuando le he dicho que no y le he hablado de mi familia, se quedó alucinado al darse cuenta de que era biznieto de Marco el Matavientos.

—¿Te ha dicho su nombre? —preguntó su madre.

—Se llama Carmelo, y creo que le dicen *El espectro del faro*.

—Me lo temía, no podría ser otro. Ese viejo está loco y todo lo que dice son disparates. A su edad ya no rige bien y sus hijas deberían haberlo encerrado hace muchos años para que no hiciera más daño. No tienes que hacer caso de lo que te cuente porque te llenará la cabeza de fantasmas.

Por el tono en el que se manifestó su abuela, Luca se dio cuenta de que no era conveniente seguir preguntando sobre ese tema. Con esa actitud no le sería fácil conocer la historia de su familia.

Helena se había quedado sorprendida, tanto por el interés de su hijo como por la respuesta de su madre. Ella había conocido a ese hombre cuando era una niña y tenía un grato recuerdo de él. Ante esa extraña situación creía conveniente hablar a solas con Luca.

Carmelo apenas si había comido la sopa de pescado que había preparado su hija, cuando se trataba de un guiso que le gustaba mucho y en el que siempre arrebañaba restregando trozos de pan por el fondo del plato, una secuela que le había quedado desde los años del hambre, cuando cualquier comida podría ser la última. Su mente estaba en otro sitio y le costaba tragar, como si su organismo se hubiera bloqueado

de repente. Sabía que no se trataba de una enfermedad o de algún síntoma de otros padecimientos previos. La conmoción procedía del nombre del muchacho que había conocido esa mañana en el puerto.

No era posible, seguía pensando cuando se sentó en el patio a la sombra para comer un plato de natillas que le había llevado su nieta, preocupada por la inapetencia de Carmelo durante la comida.

Aunque no podía contemplar el faro desde donde estaba sentado, miraba en su dirección porque las paredes y árboles no impedían que en su maltrecha mente se siguiera recreando con todo detalle, aunque en su imaginación no aparecía el faro reformado, sino el antiguo, el que Braulio había convertido en un templo de la fantasía y en un fortín lleno de enigmas. Hasta allí le remitía la breve charla que había mantenido con ese chico de la capital que ignoraba el convulso pasado de su familia, y que no era consciente del papel que le podría estar reservando el destino al llevarlo hasta la tierra de sus antepasados.

Incluso tuvo que disimular el temblor de manos que había aparecido para que no delatara los nervios que tenía. Con la edad se había convertido en un viejo sosegado que difícilmente se alteraba, tras muchos años de duro aprendizaje en los que había recibido más palos de los que estaba preparado para soportar, y se tenía a sí mismo por un viejo mulo que era incapaz de dar una coza y al que se le estaba olvidando relinchar.

Cuando supo que nadie estaba pendiente de lo que hacía, comenzó a llorar. Llevaba muchos años sin hacerlo y creía que había vertido todas las lágrimas que le correspondían. Ese llanto no era de pena, tampoco era de alegría o de alivio. Las lágrimas le remitían a un pasado que ya creía imposible de enlazar con el presente porque sólo quedaba él como vestigio, pero el tiempo tenía más memoria que las personas y

acababa sacando a la luz lo que los mortales se empeñaban en enterrar.

Carmelo acababa de comprender que su vida volvía a tener sentido, y eso podría generar una ilusión que inevitablemente iría unida al dolor, a un dolor que podría tardar generaciones en curarse porque el antiguo todavía no estaba superado.

Luca estaba escribiendo en un cuaderno todo lo que le había contado Carmelo cuando su madre llamó a la puerta de su cuarto.

—Sé que te ha sentado mal la contestación de la abuela cuando tú le has preguntado con buena intención.

—Yo no quería molestarla.

—Lo sé. En tus preguntas no había nada ofensivo —dijo antes de sentarse en la cama frente a su hijo—. Hay situaciones en la vida que se enquistan y son muy difíciles de superar, y vuelven a hacer daño si se remueven después de muchos años.

—¿Por qué?

—La abuela piensa que el olvido ayuda a superar el dolor, mientras tú crees que tienes derecho a conocer la historia de nuestra familia. Mientras tanto, yo me encuentro en medio de los dos. Reconozco que sé menos de los que me gustaría para tener una opinión fiable. Durante una época tuve curiosidad por conocer lo que había pasado con mi abuelo Marco, pero pronto me di cuenta de que no era bueno hacer preguntas a personas que les hacía mucho daño recordar, por lo que tuve que averiguar por otras vías, aunque admito que pronto dejé de indagar porque todo lo que se decía era muy confuso y no me sirvió para aclarar las dudas, aparte de que tenía otras prioridades en mi vida, y lo acabé olvidando.

Helena se detuvo esperando la respuesta de su hijo, pero Luca seguía mirándola.

—Pensándolo fríamente, creo que ya ha pasado el tiempo suficiente para que sigan asustándonos los fantasmas del pasado. Cuéntame lo que te ha dicho Carmelo y yo te contaré lo poco que sé.

—Él sólo me ha dado los nombres, aunque me ha dicho que detrás hay una fantástica leyenda sobre Marco, y también me ha hablado de un famoso corsario llamado Dante di Aleria que llegó hace muchos años a la isla y que era un antepasado nuestro.

—A tu abuelo Lorenzo nunca le gustó hablar de su padre. Oficialmente murió cuando él tenía siete años, apenas una semana después de que falleciera su madre, por lo que se quedó huérfano demasiado joven, algo que nunca llegó a superar y que provocó que se volviera hermético para hablar de su pasado.

—¿Cómo murió?

—Es un tema sobre el que se hicieron demasiadas teorías, aunque la más fiable es la que dice que aquella noche Marco salió en su barca junto a sus mejores amigos: Daniel Rovira y Tomás Llaneras, el hermano mayor de Carmelo. Todo indicaba que habían salido a pescar y que un golpe de mar los había tirado por la borda. Primero se les dio por desaparecidos, y finalmente por muertos porque sus cuerpos nunca aparecieron, mientras la barca se encontró intacta en Cala Mesquida, como si alguien la hubiera llevado hasta la playa. Durante los días de búsqueda surgieron muchas incógnitas que nunca se resolvieron, empezando porque ellos nunca salían a pescar de noche. Por otra parte, había una de las nieblas más grandes que se recuerdan, algo inusual por aquí, y la mar estaba en calma. Incluso se llegó a decir que practicaban ritos satánicos, o que el abuelo estaba desesperado por la muerte de su esposa y quería suicidarse. En los pueblos es muy fácil que los rumores se propaguen con más velocidad que las llamas de un incendio, y nunca dejan de

crecer si no se encuentran respuestas. A eso hay que añadir que la gente de la mar es muy supersticiosa debido al peligro que continuamente acecha y a los enigmas que se esconden bajo las aguas, por lo que son propensos a crear leyendas que logren explicar lo que la razón no puede.

—¿Cuándo ocurrió?

—El veintisiete de enero de 1954. Hasta cuatro meses después no se hicieron los funerales con los cuerpos ausentes porque el cura dijo que sin los cadáveres no habría entierro. Incluso se llegó a decir que habían huido de la isla porque se dedicaban al estraperlo y los perseguía la guardia civil.

—¿Qué es eso?

—Al contrabando. Por entonces se vivía una situación muy delicada en España. Había mucha hambre, faltaba el trabajo y la gente se buscaba la vida como buenamente podía. Muchos pescadores utilizaban sus barcas para trasladar mercancías que no pasaban por la aduana, como tabaco o bebidas alcohólicas que llegaban en cargueros que no atracaban en los puertos. Las cuevas de la zona a las que solo se podía acceder en barca se convirtieron en almacenes temporales hasta que se distribuían en pequeñas cantidades.

—No entiendo por qué la abuela se puede molestar después de que hayan pasado tantos años.

—Hay algo más que lo complicó todo una vez que la tragedia parecía olvidada y las heridas habían cicatrizado.

—¿Qué pasó?

—Supongo que antes o después te enterarás, así que será mejor que te lo cuente yo porque de lo contrario puede que te asustes.

—¿Es una historia de miedo?

—No exactamente, eso depende de quién la cuente. Hay gente que se lo plantea como un enigma fascinante, mientras a otros les aterra porque se escapa de lo que son capaces de

comprender, y pocas cosas causan más miedo que aquello que supera nuestro conocimiento o lo que nos impone la propia fe.

—Cuéntamelo que me tienes sobre ascuas.

—Ocurrió poco antes de que yo me fuera de la isla junto a tu padre, por lo que habían pasado treinta y seis años desde la trágica noche. Unos pescadores encontraron un cadáver muy cerca del faro. Nadie lo conocía y no se había denunciado ninguna desaparición. Según la autopsia, aquel hombre había caído desde lo alto de las rocas y llevaba poco tiempo muerto cuando lo encontraron. Se pensaba que se trataba de suicidio porque existían precedentes en el mismo lugar. El cuerpo se trasladó al depósito de cadáveres a la espera de que fuera identificado. Entre aquellos que lo vieron comenzó a correr un rumor que decía que el muerto se parecía mucho al hijo de Daniel Rovira. Al principio él no quería ir a verlo porque tenía miedo de que pudiera guardar relación con lo ocurrido en el pasado, aunque finalmente lo convencieron y acudió llevando la última foto que se había hecho su padre. Dicen que el rostro de Gerardo se congeló cuando apartaron la sábana que cubría el cuerpo del cadáver. Aquel hombre era igual que Daniel y llevaba la misma ropa con la que salió de casa muchos años atrás. El tiempo no había pasado por su cuerpo y el hijo se había hecho mayor que el padre.

—¿Era realmente su padre?

—Gerardo no lo llegó a saber porque tres semanas después su coche se salió de la carretera que sube hasta el faro y cayó por el precipicio hasta el mar. Aunque se declaró como un accidente, todos decían que se había suicidado porque estaba desesperado y no había vuelto a dormir desde que vio el cadáver. Luego pasaron varios años hasta que se hicieron las pruebas de ADN y se demostró que el hombre del faro era Daniel Rovira, pero nadie fue capaz de explicar por



qué estaba igual que la noche en que subió a la barca. Eso es todo lo que sé sobre la historia de Marco Dalerio y de sus acompañantes en aquel infausto viaje. Seguramente la abuela, Carmelo y algún otro saben mucho más, pero será muy difícil saber dónde se encuentra el límite que separa la realidad de la leyenda.

—¿Qué sabes de Dante di Aleria?

Parece ser que es cierto que hace muchos años llegó un pirata con ese nombre. Incluso se dice que procedía de Córcega, de una ciudad llamada Aleria. Se cree que con el paso de distintas generaciones su apellido se transformó, y en la actualidad puede que seamos los únicos Dalerios que quedan en la isla. Seguramente tú seas el último hombre que lleve el apellido Dalerio porque tus hijos y los de Carolina lo perderán. Supongo que muchas veces te habrás preguntado por qué te pusimos el nombre de Luca.

—Sí, casi siempre he tenido que aguantar la broma de que me llamen Lucas sin ese, aunque ahora me gusta mucho mi nombre.

—A los abuelos les sentó muy mal cuando elegí ese nombre para ti, hasta estuvieron un tiempo sin hablarme.

—¿Por qué?

—Cierta leyenda dice que Luca fue el hijo que Dante di Aleria tuvo con Isla, una bella pescadora de Capdepera, antes de que el deseo de venganza de sus enemigos terminara con su historia de amor. Luca fue el primer Dalerio nativo de la isla allá por 1730, aunque no sé nada de sus descendientes hasta tu bisabuelo porque en la familia nadie se ha encargado de hacer un árbol genealógico, y lo que supiera el abuelo Lorenzo, se lo llevó con él a la tumba porque nunca perdonó a su padre por haberlo abandonado cuando era un niño, lo que supuso que tuviera que pasar por un orfanato antes de que unos vecinos se hicieran cargo de él.

—¿Te enfadarás si le pido a Carmelo que me cuente todo lo que sepa?

—No puedo enfadarme porque tú quieras conocer el pasado de la familia. Tienes ese derecho, aunque te pido que seas muy discreto para no molestar a los que prefieren el silencio. También te recomiendo que te tomes todo lo que te cuente con mucha cautela porque es muy fácil que con el paso del tiempo la fantasía le haya robado terreno a la realidad, hasta el punto de que puedas llegar a obsesionarte con algo que no sea cierto.

—¿Tú también crees que Carmelo está loco?

—No lo sé. Hace mucho tiempo que no lo veo. Sin duda es el que más cerca estuvo y sabe más que cualquier otra persona que esté viva sobre lo que ocurrió. Aquello le trastornó profundamente hasta el punto de consagrarle el resto de su vida. La mayoría de la gente lo tenía por alguien que había perdido la cabeza con su retorcida fantasía. Yo nunca lo tuve por un loco, sino por un hombre que sabía lo que nadie quería escuchar y que sufría por ello porque la incompreensión acaba por hacer mucho daño.

Cuando su madre salió de la habitación, las dudas de Luca no solo no habían desaparecido, sino que numerosas preguntas aparecieron en su mente a las que no sabía responder. Esa noche le costó mucho quedarse dormido porque le turbaba la visión del cadáver de un hombre que era más joven que su propio hijo.